

Retomamos en este domingo el tiempo ordinario que habíamos interrumpido con el Miércoles de Ceniza del pasado 14 de febrero. Hace días que habíamos puesto punto final a la cincuentena pascual con la solemnidad de Pentecostés. Pero recordemos que los domingos precedentes, las solemnidades de la Trinidad y del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo han ocupado nuestra atención. Por ello vuelven ahora los domingos ordinarios que transcurrirán hasta finales de noviembre, cuando el 1 de diciembre iniciemos el Adviento.

Pasamos del color blanco que ha tenido las celebraciones durante semanas, a excepción del rojo de Pentecostés, al color verde. Tendremos, pues, que cambiar a este color el paño de ambón y otros detalles que adornan el lugar de la celebración.

▣ TIEMPO ORDINARIO

El tiempo ordinario, en latín *per annum*, esto es, durante el año, no es un tiempo menor en contraposición de los mal llamados «tiempos fuertes». Todo lo contrario, es el tiempo habitual o común en el que, como nos indican las *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario*, «no se celebra algún aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino más bien se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud» (núm. 43). Y los otros tiempos litúrgicos, en cambio, «poseen su característica propia», ya que enfocan el misterio de Cristo desde una perspectiva concreta: la preparación a la venida del Señor, en Adviento; la celebración del nacimiento del Hijo de Dios y sus primeras manifestaciones, en Navidad; la conversión para vivir mejor la muerte y la resurrección de Cristo, en Cuaresma; la conmemoración anual del misterio pascual, en el Triduo Pascual; y la vivencia del gozo de la resurrección del Señor, en la cincuentena pascual. Así que no son «tiempos fuertes», sino, tal y como los denomina el número 43 de las *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario*, tiempos que «poseen su característica propia».

▣ LUCHA CONTRA EL MAL

Con la vuelta al tiempo ordinario, retomamos también la lectura continuada del evangelio de Marcos que nos acompañaba los domingos anteriores al Tiempo de Cuaresma. A partir del capítulo 3 nos iremos adentrando en la vida pública de Jesús.

El evangelio recoge dos temas diferentes: uno sobre la contraposición de Jesús al mal y otro sobre la familia de Jesús. Además, el evangelista ha construido su narración insertando el primer tema que hemos mencionado en medio del segundo, como si de un sándwich se tratara: Marcos comienza hablando de que Jesús había regresado a casa y entra en escena su familia; pero después toman protagonismo los escribas que le acusan de tener un demonio dentro; y, finalmente, la familia de Jesús vuelve a ocupar la atención.

Sin embargo, de los diferentes temas que encontramos, la liturgia quiere resaltar del evangelio de hoy ese mensaje colocado al centro del relato: Jesús no solo no tiene un demonio, sino que ha venido a luchar contra el mal. Así se deduce de la primera lectura elegida para este domingo, que siempre viene a ser como un preanuncio del mensaje del evangelio. En esta ocasión se describe el origen del mal en el mundo con el relato alegórico del libro del Génesis donde dialogan Dios y nuestros primeros padres después de haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal, que concluye con la maldición dada a la serpiente. Conviene también fijarse en el título que en rojo encontramos al principio del evangelio y que siempre nos marca el tema a destacar del relato que se va a proclamar. Hoy el evangelio es resumido con estas palabras: «Satanás está perdido».

Jesús, como hemos dicho, ha venido a luchar contra el mal, a erradicar el pecado. Para ello, podemos hacer hincapié en el acto penitencial. También podría ser oportuno resaltar la última petición del padrenuestro: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal». Y no olvidemos que en la comunión recibimos al «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» para que nos ayude en nuestra lucha contra el mal y «nos haga crecer en el amor» (oración sobre las ofrendas). Por eso le pedimos en la oración después de la comunión que «nos libere, misericordiosamente, de nuestra maldad» al Dios que es la «fuente de todo bien» (oración colecta).

▣ SOMOS LA FAMILIA DE JESÚS

El otro tema que aparece en el evangelio también resuena en la eucología de este domingo: todos aquellos que cumplen la voluntad de Dios forman parte de la familia de Jesús. Ese es el verdadero lazo de sangre. Por ellos en la oración colecta le pediremos «que, inspirados por [Dios], consideremos lo que es justo y lo cumplamos según [su] voluntad». Y, en esa misma dirección, en la oración después de la comunión, diremos: «Que tu acción medicinal, Señor, [...] nos conduzca hacia lo que es justo».

JOSÉ ANTONIO GOÑI